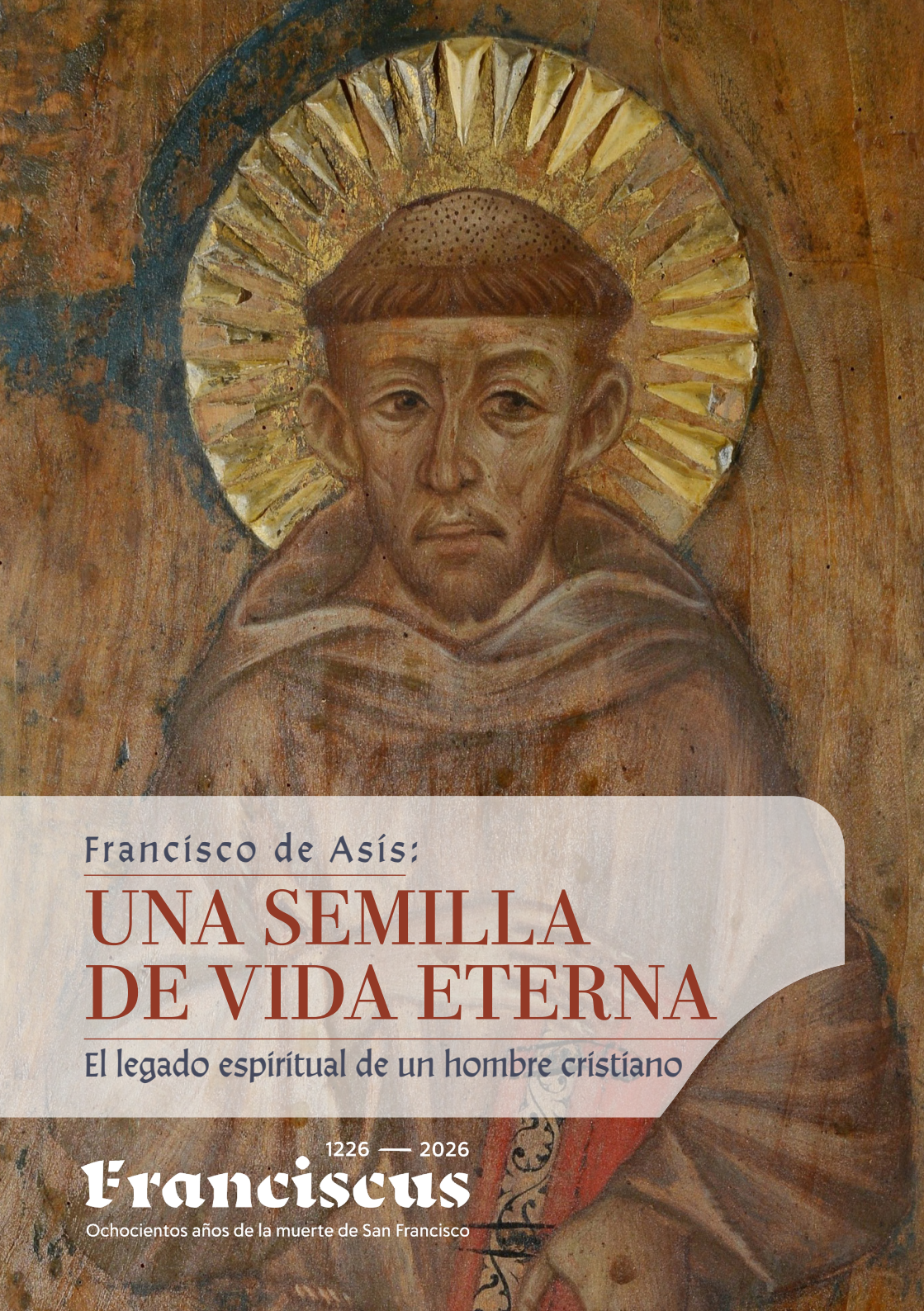




Francisco de Asís:

UNA SEMILLA DE VIDA ETERNA

El legado espiritual de un hombre cristiano

1226 — 2026

Franciscus

Ochocientos años de la muerte de San Francisco

En portada: San Francesco, tempera su tavola, Cimabue
© Museo della Porziuncola presso la Basilica di Santa Maria degli Angeli ad Assisi.

Maquetación y diseño gráfico: Oficina de Comunicaciones de la Curia general OFM

Hace ochocientos años, Francisco de Asís
dejaba este mundo. Pero la semilla
que había plantado sigue germinando.

San Pablo, en su carta a los Gálatas, escribe palabras que parecen misteriosas: «*El que siembre en el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna*»¹.

Estas palabras se cumplieron en Francisco. Tras acoger el Espíritu de Jesús en su interior, hasta el punto de llevar las marcas del Crucificado en su cuerpo, él mismo llegó a ser una semilla del Evangelio, llena de frutos de vida eterna.

Es el precioso legado que nos dejó. Un legado que aún resuena en los corazones y las mentes de nuestra generación, ayudándonos a creer en el Evangelio, a «*tener el Espíritu del Señor y su santa operación*»,² y a convertirnos en signos de paz.

Con esta carta, deseamos agradecer al Señor la semilla del Evangelio que él sembró en la Iglesia hace 800 años y que aún hoy permanece viva y fructífera. Juntos, deseamos recordar algunos aspectos fundamentales de esta historia cristiana. Estos aspectos siguen siendo un legado para todos los que, detrás de Francisco, desean seguir los pasos del Señor Jesús.

¹ Gálatas 6,8.

² Rb10,8.

Nos guiaremos por el *Testamento*, escrito por el santo poco antes de su muerte. En él, Francisco recordó los momentos clave de su experiencia: los acontecimientos iniciales, el encuentro con la Iglesia y los frutos que nacieron junto a sus hermanos. Solo partiendo de ese pasado, decía, es posible comprender el presente y construir el futuro.

Así, también para nosotros, esa narración constituye un valioso legado para comprender las “intenciones de Francisco”. Así podremos volver a optar por nuestra vocación evangélica, según ese proyecto de vida cristiana vivido por el santo.



1. El encuentro que lo cambia todo

Una semilla llena de misericordia y de fe

*«El Señor me dio de esta manera a mí, hermano Francisco,
comenzar a hacer penitencia»³*

Así comienza el Testamento. Francisco relata una profunda conversión: el Señor le concedió un cambio radical en su modo de ver y sentir la vida. Ya no más la mentalidad del caballero que debe sobresalir por encima de todos, ascendiendo al poder, sino la del hermano que comparte el destino de los últimos, descendiendo entre los últimos, de los que forma parte porque él también es un leproso.

Fue una experiencia que le cambió los sabores del corazón y la lógica de la mente. Lo liberó de la amargura de una existencia dominada por la rivalidad. Lo condujo a la dulzura de una vida entregada en la alegría de compartir.

Los ojos de los leprosos

Este vuelco sucedió gracias a un doble encuentro. En primer lugar, con el rostro de los leprosos⁴. Francisco dejó la comodidad de Asís

³ Test 1.

⁴ Tests 1-3.

y se dirigió a ellos. El Testamento lo recuerda con palabras sencillas y profundas: «*El Señor mismo me condujo entre ellos, y practiqué la misericordia con ellos*»⁵.

Aquí está la palabra clave: misericordia. La vida de Francisco cambió no porque eligió la pobreza, sino porque mostró misericordia. Por supuesto, la pobreza fue el camino para alcanzarla. Si no se hubiera hecho prójimo, compartiendo la suerte de los pobres, no habría podido entregar su corazón a la miseria de ellos. En la opción por la pobreza se encuentran todas las demás virtudes apreciadas por Francisco: humildad, paciencia, sencillez y minoridad. Sin ellas, no habría misericordia.

Por eso nunca debemos separar ambas palabras. La pobreza sin misericordia se convierte en un ídolo. La misericordia sin pobreza se reduce a una ideología.



PARA RECORDAR

- La pobreza sin piedad se convierte en un ídolo.
- La misericordia sin pobreza se reduce a ideología.

Los ojos del Crucificado

La conversión se completó cuando Francisco se encontró con el Cristo crucificado de San Damián. Ante él, brotó de su corazón esa oración que, junto con el *Pater noster*, usaría constantemente con sus hermanos y que luego quiso plasmar en su *Testamento*: «*Te adoramos, Señor Jesucristo, también en todas tus iglesias que hay en el mundo entero, y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo*»⁶.

⁵ Test 2.

⁶ Test 4-5.

En el rostro glorioso de Cristo crucificado, Francisco vio los ojos abiertos del Hijo, vueltos hacia el Padre. Esos ojos eran la señal inequívoca del amor de Dios por cada hombre herido y necesitado de salvación.

Esta fue la «*palabra de la cruz*»⁷ que escuchó en San Damián: Dios se hizo pobre, vino entre nosotros para mostrarnos su misericordia. En esa y en todas las demás iglesias donde contemplaba al Cristo glorioso, repetía esa oración como síntesis de su experiencia de fe en ese rostro, en el que cada vez reconocía y, por lo tanto, adoraba, bendecía, alababa y agradecía el amor que es Dios.

Nació un nuevo hombre.

Los ojos de los leprosos y del Crucificado donaron a Francisco una semilla de vida eterna. Desde ese momento, comenzó a vivir en alabanza a Dios Padre revelado en Cristo, en humildad consigo mismo, sintiéndose hijo amado, y en misericordia hacia todos los hombres, acogidos como hermanos benditos. Nació un hombre nuevo, en quien el Evangelio había arraigado, obteniendo así una verdadera y nueva sabiduría sobre sí mismo, sobre la humanidad y sobre Dios.

Este es el primer legado que nos deja Francisco: los pobres y Cristo crucificado como puntos de referencia constitutivos y fundamentales de nuestra visión cristiana de la vida. Olvidar esto y vivir de otra manera significa dejar que se desvanezca nuestra vocación de franciscanos y franciscanas, nuestra verdadera penitencia, es decir, nuestra conversión evangélica.

⁷ 1 Cor 1,18.



2. La Iglesia, tierra pobre pero fecunda

Dónde plantar la semilla

Tras su conversión, Francisco se enfrentó a una pregunta crucial: ¿Dónde debía plantar la semilla que Dios había sembrado en él? ¿Qué terreno era el más adecuado para que creciera y diera fruto?

La situación eclesial en aquel entonces no era fácil. El clero a menudo se encontraba moral y espiritualmente empobrecido. Muchos movimientos laicos, firmes en su opción evangélica, juzgaban, condenaban y abandonaban esa Iglesia.

Para Francisco, sin embargo, la Iglesia seguía siendo ese terreno de la parábola en la que el Sembrador⁸ nunca dejó de sembrar su semilla. Aun entre las rocas, las espinas y la dureza de aquella tierra, aquel campo seguía siendo el lugar donde hay que hacer germinar la semilla del Evangelio.

San Damián: aprendiendo a amar a la Iglesia

Francisco pasó aproximadamente un año en San Damián tras haber dejado la casa paterna y haber roto con su mentalidad comercial y competitiva⁹. Fue durante ese tiempo que Francisco se educó en la

⁸ Cf. *Mt* 13,1-23, *Mc* 4,1-20 y *Lc* 8,4-15.

⁹ *1Cel* 15, *3Comp* 19.

vida eclesial, aprendiendo a amarla con humildad y fidelidad, sin caer en el orgullo espiritual de los perfectos. Vivió con el pobre sacerdote Pedro¹⁰ que oficiaba allí. Con él surgió una relación de amistad¹¹.

Fue durante ese período que *«el Señor [le] dio una gran fe en los sacerdotes»*,¹² es decir, en la Iglesia. Una experiencia tan profunda que duraría para siempre: *«Si encuentro sacerdotes pobres, quiero temerlos, amarlos y honrarlos como a mis señores»*¹³.

Con ese pobre sacerdote, había pasado un tiempo crucial para su identidad evangélica. Había sido educado en la fe de la Iglesia, reconocida como el lugar sacramental de la revelación del amor de Dios.



PARA RECORDAR

- La Iglesia, con todas sus espinas, sigue siendo el lugar donde hay que hacer germinar la semilla evangélica.

La Eucaristía: el corazón del misterio

La Eucaristía era la prueba fehaciente de este misterio. En ella, *«cada día»*¹⁴ el Altísimo y Omnipotente se dejaba manejar por las pobres y quizás impuras manos de los sacerdotes.

Francisco lo recuerda con asombro: *«No veo corporalmente en este mundo nada más del Altísimo Hijo de Dios que su Santísimo Cuerpo y Sangre»*¹⁵.

¹⁰ AnPer 7.

¹¹ 3Comp 21-22.

¹² Test 6.

¹³ Test 7-8.

¹⁴ Am I, 16-18.

¹⁵ Test 10.

En la gran devoción a la Eucaristía se entrelazaban dos momentos fundamentales: el amor a ese terreno pobre que es la Iglesia, en el que Dios «*desciende cada día a las manos del sacerdote*»,¹⁶ sometiéndose humildemente a él; y la contemplación del misterio de un Dios que es «humildad»¹⁷, que se nos dona «*en la pequeña apariencia del pan*».

En el pan pobre y humilde de la Eucaristía, Francisco tenía en sus manos no sólo el recuerdo del valor de la Iglesia, sino también el sacramento en el cual contemplar cada día la lógica de Jesús: la humildad y la pobreza como únicos caminos para convertirse en don de misericordia.

La Iglesia y la Eucaristía son el segundo legado que nos deja Francisco: el terreno donde plantar nuestra semilla evangélica para hacerlo verdaderamente cristiano, y la lógica de la que nos hemos de nutrir cada día para dar frutos de vida eterna.

¹⁶ Am I, 18.

¹⁷ LetOrd28.



3. Hermanos para traer la paz al mundo

El don de los hermanos

En San Damián, Francisco había encontrado su lugar en la vida. No buscaba nada más. Pero Dios lo sorprendió de nuevo, dándole un regalo inesperado: sus hermanos.

Con ellos viviría «según la forma del santo Evangelio»¹⁸ e iría por todo el mundo anunciando la paz¹⁹. La semilla evangélica daría sus frutos más abundantes.

Una fraternidad sin poder

Francisco recuerda: «Después de que el Señor me dio hermanos, nadie me mostró lo que debía hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio»²⁰.

Con sus primeros compañeros, no pretendía crear una Orden piramidal, sino una fraternidad circular. Quería eliminar el principio vertical de poder, propio del orden feudal. Quería establecer una reciprocidad de servicio que veía reflejada en el Evangelio. Incluso las calificaciones debían corresponder a ese sueño: «Que nadie sea

¹⁸ Test 14-15.

¹⁹ Ver Test 23 .

²⁰ Test 14.

*llamado prior, sino que todos sean igualmente llamados hermanos menores. Y que uno lave los pies al otro*²¹.

Dos figuras habrían garantizado este estilo: el “superior” como «ministro y servidor» al servicio de los hermanos²², con el estilo de una “madre”, capaz de cercanía y cuidado en los momentos difíciles. Solo así los hermanos crearían verdadera confianza²³ y familiaridad²⁴ entre ellos²⁵, frutos auténticos y garantía segura del vivir juntos “según la forma del Evangelio”.

Esta es la lógica que Francisco confirma en su hermosa carta a un ministro anónimo: debía «*considerar como gracia*»²⁶ las dificultades que experimentaba al guiar a sus hermanos. La maravilla, a veces dolorosa, de las relaciones humanas es lo que, si se vive en nombre del Evangelio, conduce a un mundo más fraterno.



PARA RECORDAR

- No una Orden piramidal, sino una fraternidad circular.
- Todos hermanos y menores: se laven los pies unos a otros.

²¹ Rnb 6, 3.

²² Cf. Rb 10 .

²³ Cf. Rb 6 .

²⁴ Cf. Rb 10 , 5

²⁵ Cf. Rb 6 , 7.

²⁶ LMin 2.

Testigos que anuncian la paz

Del estilo fraterno surge el segundo fruto importante: ser testigos y heraldos de la paz. Francisco recuerda el encargo que recibió del Señor: «El Señor me reveló que debíamos decir este saludo: “El Señor te dé la paz”»²⁷.

Era mucho más que un simple saludo: era un programa de evangelización. Y solo podía lograrse si seguían siendo verdaderos hermanos menores entre el pueblo. Hombres «iletrados y sometidos a todos»²⁸: su sencillez y minoridad debían ser el contenido del saludo de paz y la estrategia para hacerlo creíble.

En la Regla había especificado: «Cuando van por el mundo, no litiguen ni contiendan con palabras, ni juzguen a los otros; sino sean apacibles, pacíficos y moderados, mansos y humildes, hablando a todos honestamente, como conviene»²⁹.

Sólo así, libres de violencia y fuertes en su humilde sumisión, podrían cumplir su tarea: «En cualquier casa donde entren, digan: Paz a esta casa»³⁰.

Y así, precisamente porque debían ser “hermanos menores”, es decir, «juglares del Señor que deben mover los corazones de los hombres» a la paz³¹, Francisco, en el mismo texto de la Regla, poco antes, les había prohibido montar a caballo³². No debían recorrer el mundo como caballeros de Cristo, para imponer el poder de su verdad desde arriba.

²⁷ Test 23.

²⁸ Test 19.

²⁹ Rb3, 11.

³⁰ Rb3, 12.

³¹ CAss 83.

³² Rb3, 12.

Estaban llamados a permanecer humildes, a vivir «*entre gente de poca importancia y despreciada, entre los pobres y los débiles, los enfermos y los leprosos, y entre los mendigos a lo largo del camino*»³³.

Solo así podrían ser la presencia humilde y pacífica necesaria para inspirar respeto y diálogo. Solo así podrían fomentar la paz en la Iglesia, en la sociedad y en el mundo.

Hoy más que nunca percibimos que el camino de los mansos y humildes de corazón, como lo fue Jesús³⁴, es el único que puede llevar a los hombres a buscar sinceramente caminos de paz. Un mundo interconectado y multifacético como el nuestro requiere un espíritu de diálogo y colaboración para manejar tensiones y rivalidades sin violencia, un espíritu de diálogo y colaboración.

³³ Rnb 9, 2.

³⁴ Cf. Mt 11, 29.



La semilla sigue brotando

El legado que nos llama

Esta es la semilla de vida eterna plantada en el corazón de Francisco. Una semilla llena de misericordia hacia los hombres y de fe en el amor crucificado de Cristo.

Para ayudarlo a crecer, lo confió a la tierra pobre pero fértil de la Iglesia. Allí, quiso comenzar a realizar, aquí mismo en la historia, ese sueño evangélico de un mundo de paz donde todos seamos hermanos y hermanas.

Hay tres palabras evangélicas claves de esta preciosa herencia:

- ♦ La misericordia hacia los pobres y el amor de Cristo crucificado.
- ♦ Sumisión a la Iglesia, en la que sólo se hace presente el amor de Dios que se hace Eucaristía.
- ♦ Vida fraterna hecha de servicio y acogida, condición necesaria para ser anuncio creíble de reconciliación y de paz.

Nuestra responsabilidad

Es un encargo que continúa hoy. Nos pide el gran esfuerzo de la responsabilidad para hacer visible y fructífera esa semilla de vida evangélica.

Durante 800 años, hombres y mujeres de la Familia Franciscana han hecho presente esta vocación. En el espíritu de familia, cada uno según su vocación personal, viven *según la forma del Santo Evangelio*.

Lo que se nos pide a todos es la fecundidad de la semilla humilde y pobre, pero tenaz y generosa de nuestra vida cristiana, sea cual sea el estado en el que nos encontremos.

Ser verdaderos cristianos también significa ser buenos ciudadanos.

Abordar los problemas reales y buscar soluciones innovadoras para un mundo más justo y fraterno. Esta es la única manera de dar esperanza a la paz.

Peregrinos hacia la Ciudad definitiva

Para que no nos desanimemos en este compromiso, Francisco nos recuerda que somos «*peregrinos y extranjeros en este mundo*».³⁵ Hombres que vivimos en espera de la Ciudad definitiva.

Nuestros esfuerzos son los de *peregrinos*, de personas que no tienen una solución definitiva, pero que saben adónde van. Saben que están llamados a vivir eternamente en comunión con el Dios vivo y en comunión unos con otros.

Y saben que esta comunión sólo será plena y definitiva cuando «*Dios sea todo en todos*»³⁶.

³⁵ Rb 6 2; IPt 2, 11.

³⁶ ICo 15, 28.

Señor Jesucristo,
gracias por la semilla de la vida eterna
que plantaste en Francisco.
Gracias porque esa semilla sigue germinando,
de generación en generación.
Haz que también en cada uno de nosotros pueda hacer fructificar:
la misericordia hacia los pobres,
el amor por Ti crucificado,
la fidelidad a la Iglesia,
el amor por la Eucaristía,
la fraternidad sin poder,
el testimonio de la paz.
Ayúdanos a vivir “según la forma del santo Evangelio”
allí donde estamos y laboramos.
Que el Espíritu nos haga cristianos apasionados,
ciudadanos de este tiempo,
capaces de afrontar los problemas reales
y de buscar un mundo más justo y fraterno.
Y recuérdanos que somos peregrinos de la esperanza,
en camino hacia la Ciudad definitiva,
donde Dios, Padre tuyo y nuestro, será todo en todos. *Amén.*



La semilla de Francisco sigue germinando.
De nosotros depende que dé frutos.

Prot. N. 01/26

Asís, 10 de enero de 2026

VIII Centenario de la muerte de San Francisco 1226 – 2026

Fr. Massimo Fusarelli, OFM

Ministro general

Fr. Amando Trujillo Cano, TOR

Ministro general

Fr. Carlos Alberto Trovarelli

OFMConv
Ministro general

Tibor Kauser

OFS
Ministro general

Fr. Roberto Genuin

OFMCap
Ministro general

Sr. Daisy Kalamparamban

Presidente IFC-TOR

APÉNDICE

Sugerencias para profundizar en esta carta:

Para la reflexión personal: Lee una sección al día, deteniéndote en las frases en negrilla. Utiliza las preguntas al final de cada sección para reflexionar.

En grupo/comunidad: Dediquen una reunión (de 60 a 90 minutos) a cada una de las tres partes principales. Este encuentro se ha de llevar con cuidado para que todos puedan expresarse en un ambiente de escucha.

Con las oraciones: Utiliza las oraciones temáticas del final de cada sección para abrir o cerrar tu reflexión.

Oración para iniciar el camino (para el inicio de cada encuentro)

Señor Jesucristo,
que llamaste a Francisco a seguir tus huellas,
dándole un corazón capaz de misericordia y ojos para ver tu rostro en los pobres y en el Crucificado,
abre también nuestros corazones a tu Palabra.

Envía tu Espíritu Santo para que podamos comprender el precioso legado que nos dejó Francisco
y vivamos también nosotros según la forma del santo Evangelio.
Amén.

1. El encuentro que lo cambia todo

✓ HOY, CONCRETAMENTE

En este día:

- ♦ Haz un gesto de misericordia hacia alguien que está marginado.
- ♦ Pasa 10 minutos frente a un crucifijo en silencio.
- ♦ Escribe en tu diario: ¿Quiénes son los “leprosos” que encuentro?

Para la reflexión personal y comunitaria:

- ♦ Intento reconocer a los “leprosos” de mi tiempo: ¿quiénes son los excluidos que encuentro?
- ♦ ¿Cuándo he experimentado que la misericordia cambia más que la perfección?
- ♦ ¿Dónde veo hoy los “ojos abiertos” del Crucificado que me miran?



Oración

Señor,

Tú has llevado a Francisco entre los leprosos y allí le enseñaste la misericordia.

Abre mis ojos para poder ver a los “leprosos” de mi tiempo: los pobres, los excluidos, los marginados, aquellos a quienes todos evitan y desprecian.

Dame el valor de dejar mi comodidad, de hacerme prójimo y descubrir quién es mi prójimo,

para compartir su destino.

Enséñame que no basta elegir la pobreza: debo mostrar misericordia, dar mi corazón, no sólo mis cosas.

Libérame de la amargura de la rivalidad.

y llévame a la dulzura de compartir.

Amén.

2. La Iglesia, tierra pobre pero fecunda

✓ HOY, CONCRETAMENTE

En este día:

- Participa en la Eucaristía con renovada atención.
- Llega 5 minutos antes para prepararte en silencio.
- Dad gracias por la Iglesia, incluso con sus pobreza.

Para la reflexión personal y comunitaria

- ¿Cómo vivo mi pertenencia a la Iglesia con sus pobreza y riquezas?
- ¿Dónde planto mi semilla evangélica? ¿Cuáles son mis lugares de testimonio?
- ¿Es la Eucaristía realmente el centro de mi semana? ¿Cómo podría serlo más?



Oración

Señor,

Tú le enseñaste a Francesco a amar a la Iglesia, su madre, con toda sus pobreza.

Yo también quiero elegir plantar mi semilla.

en este terreno pobre pero fértil.

Libérame de la tentación de juzgar,
del orgullo de los perfectos,
del orgullo de quien se cree mejor.

Enséñame a ver en la Iglesia ese campo donde Tú, paciente Sembrador,

Sigues sembrando la semilla del Evangelio.

Dame una gran fe en los sacerdotes,
en cuyas pobres manos continúas entregándote en la Eucaristía.

Amén.

3. Hermanos para llevar la paz al mundo

✓ HOY, CONCRETAMENTE

En este día:

- Pide disculpas a alguien en lugar de justificarse
- Lleva la paz a un conflicto familiar o laboral
- “Lava los pies” a alguien: sirve en lugar de dominar

Para la reflexión personal y comunitaria

- ¿Mis relaciones parecen circulares o piramidales? ¿Dónde reconozco que ejerzo el poder en lugar de servir?
- ¿Cómo puedo realmente llevar la paz a los ambientes en los que vivo?
- ¿Soy más bien un “caballero” (que impone) o un “hermano menor” (que dialoga con humildad)?

Oración

Señor,

que donaste hermanos a Francisco,
enséñame a vivir en fraternidad.

Libérame del deseo de dominar, de la
tentación del poder.

Hazme entender que las relaciones no
son piramidales, sino circulares: todos
hermanos, ninguno amo.

Enséñame a “lavar los pies” de los
demás, a ser siervo y no señor.

Haz que yo sepa cómo ser “madre”:

acogiendo a quien se equivoca,
paciente con quien es difícil.

Ayúdame a ver las dificultades de las
relaciones.

no como fracasos sino como gracias,
oportunidades para crecer en el amor.

Amén.

Conclusión: La semilla sigue germinando

✓ Preguntas de síntesis final

- ¿Cuál de los tres legados de Francisco (misericordia, Iglesia/Eucaristía, fraternidad/paz) siento que está más alejado de mi vida y nuestra vida hoy?
- Esa es probablemente el área donde el Señor te llama a crecer. ¿Qué puedes hacer concretamente?
- ¿Qué frase de la carta me ha y nos ha impactado más? ¿Por qué?
- Escríbela, memorízala y repítela durante la semana como una oración.
- ¿Qué compromiso concreto quiero asumir después de leer esto?
- Sé específico: no “Quiero ser más bueno”, sino “Esta semana llamaré a esa persona”, “Iré a visitar a esa persona enferma”, “Me disculparé con...”

Oración

Señor, Príncipe de la Paz,
Hazme un instrumento de tu paz.

Enséñame a llevar tu saludo: “El Señor te dé la paz.”

No como una palabra vacía, sino
como un programa de vida.

Ayúdame a no discutir, a no juzgar, a
ser gentil, pacífico, manso.

Hazme entender que no tengo por
qué ir disfrazado de “caballero”.

que impone la verdad desde arriba.

Pero sino como “hermano/hermana
y menor” que está abajo,

que dialoga con humildad,
que escucha antes de hablar.

Hazme un constructor de puentes,
sembrador de reconciliación,
presencia pacífica que inspira el
diálogo y el respeto.

Amén.

1226 — 2026

Franciscus

Ochocientos años de la muerte de San Francisco